

## EL OBSERVADOR COMPROMETIDO



RAYMOND ARON

EL OBSERVADOR  
COMPROMETIDO

CONVERSACIONES  
CON JEAN-LOUIS MISSIKA  
Y DOMINIQUE WOLTON

Traducción de  
Luis González Castro

PÁGINA INDÓMITA

Título original: *Le spectateur engagé*,  
publicado originalmente por Éditions Julliard en 1981

© Éditions de Fallois, 2004  
© de la traducción, Luis González Castro  
© de la presente edición, PÁGINA INDÓMITA, S.L.U.  
Providencia 114 bis, 4º 4ª. 08024 Barcelona  
[www.paginaindomita.com](http://www.paginaindomita.com)

Diseño de cubierta y composición: Ángel Uzkiano  
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls  
Primera edición: octubre de 2019

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-949992-1-5  
Depósito legal: C-1520-2019

## ÍNDICE

PRÓLOGO, POR JEAN-LOUIS MISSIKA Y DOMINIQUE WOLTON	11
PRIMERA PARTE. FRANCIA EN LA TORMENTA	31
1. Un joven intelectual de los años treinta	33
1. Calle de Ulm, 1928 - Berlín, 1933	33
2. El Frente Popular. A la izquierda le encanta celebrar sus derrotas	56
3. La decadencia de Francia	75
2. Los años sombríos (1940-1945)	99
1. La partida hacia Londres	99
2. De Gaulle y Pétain	109
3. El holocausto	129
3. Las desilusiones de la liberación	139
1. La reconstrucción Francia	139
2. El virus de la política	146
3. Yalta, la leyenda de la división del mundo	158

SEGUNDA PARTE. DEMOCRACIA Y TOTALITARISMO	177
4. El gran cisma (1947-1956)	179
1. ¿Quién ganó la Guerra Fría?	179
2. La Agrupación del Pueblo Francés (RPF)	205
3. El opio de los intelectuales	213
5. La descolonización	237
1. La tragedia argelina	238
2. De Gaulle y la descolonización	257
3. Los intelectuales y el anticolonialismo	263
6. Paz y guerra entre las naciones	273
1. Pensar la guerra nuclear	273
2. Crecimiento económico y rivalidad ideológica	288
3. De Gaulle, Israel y los judíos	305
TERCERA PARTE. LIBERTAD Y RAZÓN	311
7. La izquierda, inmutable y cambiante	313
1. Mayo del 68	313
2. El círculo cuadrado	333
8. El choque de los imperios	341
1. Las ilusiones de la distensión	341
2. La decadencia del Imperio americano	351
3. China y el tercer mundo	355
4. Los derechos humanos no son una política	361
5. La Europa decadente	369

9. El observador comprometido	377
1. La unidad de la obra	377
2. Periodista y académico	384
3. Las elecciones políticas	389
4. Los valores	395
CONCLUSIÓN, POR RAYMOND ARON	405
BIBLIOGRAFÍA	423
ÍNDICE ONOMÁSTICO	431



## PRÓLOGO



Raymond Aron ocupa un lugar aparte entre los intelectuales franceses. Su formación filosófica y política debería haberle llevado a un compromiso semejante al de los demás intelectuales de su generación, entre los que destacan Jean-Paul Sartre, su amigo de juventud, y Maurice Merleau-Ponty. ¿Por qué, pues, se ha inscrito gradualmente en la corriente del pensamiento liberal, hoy minoritaria en Francia —donde, sin embargo, pueden encontrarse sus fuentes en Alexis de Tocqueville, Benjamin Constant y otros—, una corriente que en la historia contemporánea ha prosperado más en los países anglosajones?

¿Por qué, concluida la guerra, se opuso a la corriente dominante de la *intelligentsia* francesa, cuyos valores y cuya sensibilidad él compartía hasta cierto punto, y aceptó así la ruptura con sus amigos y un aislamiento sin duda difícil?

¿Por qué, mientras que la mayoría de los intelectuales rechazaban la escisión creada por la Guerra Fría, se pronunció claramente a favor de la Alianza Atlántica y en contra del neutralismo, y concretó esa elección convirtiéndose en editorialista de *Le Figaro* y militando por el regreso del general de Gaulle al poder?

Tales son las preguntas que nos hicieron acercarnos a Raymond Aron y proponerle estas conversaciones. En lugar de sostener con él una discusión teórica sobre las interpretaciones de la historia, la moral y la política, sobre las contradicciones entre las diferentes filosofías políticas, preferíamos comprender cómo se situaba en él en el laberinto de la historia contemporánea. ¡Y qué historia! La Francia de los años treinta, el nazismo, la Segunda Guerra Mundial, la Guerra Fría, la descolonización, la coexistencia pacífica, Europa... Queríamos conocer el pensamiento y el análisis de un intelectual inconformista, considerado de derechas en Francia desde la Guerra Fría, alguien que había ido a contracorriente de las ideas predominantes de izquierda, que había comprendido antes que los demás la naturaleza del régimen soviético, del estalinismo y de otros asuntos, que había tenido el coraje de mantenerse en su posición a riesgo de ser marginado por la *intelligentsia* y que, al mismo tiempo, había desarrollado una obra de un rigor científico indiscutido. Y es que resulta raro que, durante un periodo tan largo, con tantos acontecimientos y problemas, y en registros tan distintos como el de periodista, historiador, filósofo y sociólogo, un intelectual traté de analizar la historia en curso, la historia en la que él se inscribe, manteniendo cierta distancia crítica.

Esas tres actitudes de analista, intérprete y actor eran las que, con sus presiones, sus contradicciones, sus grandezas, nos seducían y nos intrigaban.

\* \* \*

Para nuestra generación, que descubrió la política en Mayo del 68, el pensamiento de Raymond Aron ha representado una especie de «polo negativo». En la décadas de 1960 y

1970, la formación intelectual estaba orientada principalmente por el marxismo. Se consideraba indispensable ubicarse en ese pensamiento, con sus distintas variantes, sus desviaciones, sus negaciones y sus cambios. No todos éramos marxistas en el sentido de un compromiso político o de una elección filosófica, y sabíamos que, antes de nosotros, buena parte de los intelectuales había evolucionado desde mediados de la década de 1950, y que algunos habían hecho «autocrítica»; pero, en definitiva, casi todos seguían reflexionando en el marco de ese pensamiento que, después de su «renovación» de mediados de los sesenta, impregnaba el ambiente de la época. Dicho pensamiento parecía proporcionar las herramientas teóricas necesarias para imaginar el mundo. Además, la gran cantidad de controversias filosóficas y la diversidad de interpretaciones y de regímenes políticos que se inspiraban en él parecían dar prueba de su riqueza y justificar la fórmula de Sartre: se trataba del horizonte insuperable de nuestro tiempo. ¿Es quizá esta una ideología dominante?

En cualquier caso, nuestra generación se imbuuyó de marxismo, se involucró en Mayo del 68, se calentó bajo los soles del izquierdismo. ¿Por qué razón aceptó esa explicación determinista de la historia? Es difícil decirlo. Quizá porque los horrores de las guerras y las revoluciones de la primera mitad del siglo xx solo podían soportarse con ayuda de una explicación coherente. ¿Podía ser la historia tan absurda? Era necesario que, más allá del absurdo, hubiese en alguna parte un sentido. En cierto modo, carecíamos de conciencia histórica y de una reflexión geopolítica, pues los trágicos acontecimientos del siglo parecían haber roto algo en la cadena del tiempo. Y cuando, a mediados de los años sesenta, nuestra propia visión de la historia se fue formando, pusimos en el centro de la diana al imperia-

lismo americano —ya que en aquel momento tenía lugar la guerra de Vietnam.

Después, a mediados de los setenta, parte de nuestra generación experimentó la ruidosa revelación de los límites del marxismo y de los crímenes de la Unión Soviética, y buscó la redención en el asunto de los derechos humanos. Ese giro, esa adhesión radical a lo que ayer era detestado, nos inquieta, puesto que vemos en ello mecanismos de pensamiento similares: la suficiencia, la intolerancia, el dogmatismo. La forma de expresarse que algunos han escogido no concuerda con las ideas que han descubierto tras un largo desvío; así, la toma de conciencia de la complejidad de los hechos es menos frecuente que el paso de un maniqueísmo a otro.

Para nosotros dos, que desde los años setenta nos hemos apartado progresivamente de las pretensiones marxistas de monopolizar la idea de progreso y de arrogarse el derecho a saber quién es de derechas o de izquierdas, descubrir el pensamiento de Raymond Aron fue un verdadero placer. Lo cierto es que no nos resultaba completamente desconocido; lo habíamos estudiado en la universidad, pero estaba catalogado como «reaccionario». En realidad, más que entendido como tal, era percibido recurriendo a un filtro ideológico y a la división izquierda-derecha. En suma, era inteligente, ¡pero de derechas! Así pues, uno reconocía la calidad de sus análisis y al mismo tiempo se precavía contra ellos.

No obstante, el riguroso conocimiento que Raymond Aron tenía del marxismo y su capacidad para refutarlo molestaban un poco. Sobre todo porque sus análisis de las transformaciones de nuestras sociedades utilizaban algunos conceptos y esquemas marxistas, pero menos como dogmas y sistemas de referencia que como simples herra-

mientas de análisis entre otras más. En cualquier caso, durante el periodo 1968-1978, sus posiciones moderadas, sus editoriales en *Le Figaro*, su antisovietismo y su vínculo con los filósofos de la historia relativistas y con los liberales del siglo XIX bastaban para que uno se convenciese de que —como afirmaba un semanario de izquierda que lo había entrevistado— «Raymond Aron no [era] de los nuestros».

En resumen, descubrimos el pensamiento del autor en tres etapas. La primera consistió en una lectura con anteojos ideológicos, sobre todo de *Dieciocho lecciones sobre la sociedad industrial* y de *Paz y guerra entre las naciones*. Después vino el reconocimiento de que Aron era quien había tenido razón antes que los demás con respecto al estalinismo, como queda reflejado en *El opio de los intelectuales*. Finalmente, con la lectura de *Introducción a la filosofía de la historia* accedimos a un pensamiento que no solo es crítico sino también positivo, y que se inscribe en una de las grandes corrientes del pensamiento filosófico y político, una que durante mucho tiempo ha sido caricaturizada en Francia. Y en los libros del autor encontramos una cierta filosofía de la historia que orientó esos diferentes comportamientos.

Para Aron, la historia no está determinada ni orientada de antemano por una finalidad o un sentido. Permanece abierta, dependiendo en última instancia de la acción de los hombres, de la libertad y del arbitrio de estos. Ello explica que el autor rechace ese mesianismo en cuyo nombre se han perpetrado tantos crímenes durante el siglo XX, y que desconfíe de la ideología en cuanto interpretación general del mundo y en cuanto guía de la acción. Tal concepción relativista de la historia se alía en el plano filosófico con la idea de razón. Retiene de la filosofía kantiana la idea de la razón como único medio del que disponen los

hombres para ordenar su representación del mundo y para guiar su propósito de transformarlo. Finalmente, Aron encuentra en la filosofía liberal el sistema de valores que podía estructurar un modelo de acción. Para él, la mencionada filosofía liberal, al respetar el pluralismo de ideas y dar prioridad al empirismo en el análisis y la acción, representa el sistema menos malo para orientar la política.

A partir de ahí, asoma una forma completamente distinta de considerar los acontecimientos del siglo xx: la estrategia nuclear, el enfrentamiento del Este y el Oeste, el crecimiento y la mutación de las sociedades industriales y la decadencia del Imperio americano son contemplados de otro modo, no a través del marxismo reinante que, por pereza o por tranquilidad de conciencia, ordenaba ese caos de acontecimientos y de relaciones de fuerzas. El marxismo ya no puede ser considerado como una herramienta de conocimiento, sin olvidar que es también, y quizá sobre todo, el modelo de referencia y de acción de uno de los dos sistemas económicos y políticos que se enfrentan desde comienzos de siglo. El problema ya no es solo el imperialismo americano, sino la capacidad de Occidente para preservar un modelo de civilización, con independencia de si uno se adhiere parcial o totalmente a él. En ello hay por supuesto una inversión del «sentido» de la historia, pero sobre todo una toma de conciencia de la contingencia y la fragilidad de nuestro sistema de valores. Lo que, en el curso de estas entrevistas, hemos encontrado en el pensamiento de Raymond Aron es la materialización de un cambio que se había operado en nuestra representación del mundo. En cierto modo, sabíamos lo que él pensaba, estábamos de acuerdo en muchos puntos; así pues, la novedad no proviene tanto de los análisis como de las consecuencias que se derivan de ellos, en términos de opciones

y de responsabilidad, para nosotros y para nuestra generación. Es decir, se trata de actuar en una dirección impensable hace diez años. Hemos aceptado poco a poco la ausencia de otro modelo porque el que lleva ese nombre es mucho peor de lo que parece según las críticas que ofrecemos aquí. En consecuencia, es dentro del sistema occidental donde debemos actuar, y la única alternativa consiste en velar por que los actos de los países occidentales se correspondan con los valores que invocan. Lo cual es menos común de lo que parece, pues no hay más que recordar la falta de coraje y de determinación de los europeos de este siglo, quienes, en múltiples circunstancias históricas, olvidaron sus ideales.

\* \* \*

Cuando Raymond Aron habla de los acontecimientos que ha vivido, se comprende la distancia existente entre una generación arrastrada por el torbellino de la historia y nuestra generación, que de momento, en Francia, ha podido experimentar la sensación de hallarse al margen de dicha historia. La historia ha transcurrido antes, o en otra parte, no aquí. De ahí que algunos la hayan buscado en Pekín, Hanói o Cuba. Raymond Aron y su generación han vivido la barbarie de la que son capaces los regímenes políticos en nombre de los grandes ideales. Han visto la arbitrariedad y la violencia, tan bien resumida en la fórmula que a él tanto le gusta: «*History as usual*». Él sabe que nuestra sociedad es mortal, algo que a nuestra generación de momento le cuesta creer, aunque lo comprenda de una manera abstracta. Habiendo vivido el desmoronamiento de las sociedades, Aron ha experimentado su fragilidad. Ha comprendido que cuando se instaura un desequilibrio

fundamental ya nada puede detenerlo. De ahí su constante preocupación, e incluso obsesión, por la cohesión social y por evitar los enfrentamientos que puedan dividir y debilitar a la sociedad.

Se comprende, pues, la diferencia con nuestra generación, que nació y creció en sociedades estables y casi sin historia, y que nunca ha experimentado la sensación de fragilidad y el riesgo de hundimiento. Para nosotros, la historia era ante todo el resultado de contradicciones sociales internas. Los conflictos y los cambios vinculados al trabajo, la urbanización, la educación y las costumbres parecían ser la principal fuente de cambio, sin riesgo de que los desequilibrios locales afectaran a la cohesión general. Ni siquiera Mayo del 68, pese al desorden que representó, ejerció efectos desestabilizadores sobre la sociedad. Teníamos la impresión de que los conflictos en esos sectores eran al mismo tiempo un medio para superar la lucha de clases en el sentido exacto de la palabra y para cambiar estructuralmente la sociedad. Además, desde 1958 no había en el país alternancia política; con la izquierda excluida del poder, la estabilidad política era evidente, de modo que pese a todos los conflictos que la agitaban, la sociedad parecía inmóvil, o al menos no parecía en absoluto que su equilibrio estuviera amenazado.

Pero la conciencia de la fragilidad de las sociedades es probablemente una de las fuentes de eso que suele llamarse el escepticismo aroniano. Su experiencia histórica y su percepción del estrecho margen de acción de que gozaron quienes gobernaron en Francia y en los Estados Unidos tienen mucho que ver, sin duda, con el hecho de que Aron no se haga ilusiones con respecto a las posibilidades de cambio político. De ahí nuestra dificultad para comprender su concepción del orden y del cambio. Para nosotros,

de manera burda, el orden simboliza la derecha, y el cambio, la izquierda, mientras que Aron no cesa de repetir que la Francia gobernada por la derecha ha cambiado enormemente. En efecto, se ha modernizado, el nivel de vida se ha elevado de manera considerable, se han reducido algunas desigualdades sociales y el sistema escolar se ha democratizado de manera parcial. Sin embargo, como nuestra generación vivió directamente esas transformaciones sin haber conocido la situación anterior, las encontró en cierto sentido naturales y se movilizó más bien contra la persistencia de algunas desigualdades sociales y culturales en vez de mostrarse satisfecha con el desarrollo y el enriquecimiento. Raymond Aron no está seguro de que, si la experiencia histórica hubiese sido otra, la izquierda habría llevado a cabo la misma política de modernización. Considera que la oposición entre izquierda y derecha es una oposición entre dos concepciones del cambio. La derecha prefiere movilizar la iniciativa individual, la competencia; la izquierda preconiza la redistribución, la planificación. Nosotros seguimos sin compartir la desconfianza de Aron hacia la izquierda, pero hemos comprendido rápidamente que dicha desconfianza nada tiene de conservadurismo. Es el fruto de una reflexión sobre, y una experiencia de, la contradicción entre libertad e igualdad, contradicción que sin duda es mucho más difícil de superar de lo que algunos —y no solo los de nuestra generación— imaginan. Pero, por otro lado, sabemos también que los nuevos conflictos sociales —la transformación de los comportamientos culturales y de la relación entre el individuo y la sociedad— que han dado forma a nuestra manera de vivir y de pensar desde los años sesenta, cuestiones a las que Raymond Aron y otros fueron relativamente poco sensibles, se corresponden con mutaciones invisibles pero es-

tructurales de nuestras sociedades. Esas transformaciones culturales han venido acompañadas de una apertura del movimiento de ideas a, por ejemplo, enfoques lingüísticos o psicoanalíticos que tal vez sean útiles para la comprensión de los mecanismos sociales. Por su parte, Raymond Aron, sin negar esas nuevas ideas, tiende a ubicarlas con relación a los grandes temas y a las grandes filosofías de la historia. De ese modo, parecen de pronto frágiles o secundarias.

Por supuesto, esas transformaciones culturales no cambian el equilibrio del mundo, pero pueden forjar herramientas intelectuales, abrir otras maneras de aprehender lo real, diversificar el campo del conocimiento. Terminaremos viendo si esos cambios culturales que tanto han marcado a nuestra generación repercuten en la vida social y política, y en qué medida lo hacen, o bien si solo han sido variaciones secundarias en relación con la gran historia en un periodo excepcional de fuerte crecimiento económico y de estabilidad política.

\* \* \*

Lo que quizá nos ha seducido más en Raymond Aron ha sido el carácter anticonformista, con respecto a los esquemas de derecha y de izquierda, de sus análisis de los grandes acontecimientos contemporáneos. Poco importa que haya tenido o no razón en determinados asuntos; nos interesa comprender cómo sus posiciones filosóficas y políticas cuestionaban el pensamiento de izquierdas. Ambas posiciones dialogaban finalmente dentro de un mismo campo, de tal modo que, aun siendo rechazado violentamente por los intelectuales de izquierda, Aron los hizo sentir a menudo culpables al proclamar en voz alta lo que

algunos de ellos no osaban pensar ni decir. Hay varios aspectos de ese enfoque que nos han impresionado de manera especial.

En primer lugar, tenemos la cuestión de la diferencia entre moral y política. Aron dice que Sartre era ante todo un moralista. De ahí que le costara no condenar moralmente a quienes no adoptaban posiciones similares a las suyas. Tal oposición rebasa ampliamente a ambos hombres y podría extenderse a muchos intelectuales; casi representa lo que separa a Raymond Aron de la izquierda. Para él, todos los sistemas sociales son imperfectos, y la política no consiste en la lucha entre el bien y el mal, sino en la elección entre lo preferible y lo detestable. Lo cual no significa que Aron desee excluir toda moral de la política, sino más bien que reconoce la especificidad de dicha política y la necesidad de no aplicarle categorías morales de la misma manera que a otras actividades humanas. Hacer política no consiste tan solo en hacer el bien. Y es que nadie sabe a ciencia cierta cuál es el bien de la comunidad, y los errores más graves se deben a menudo a la incapacidad de admitir que los hechos son persistentes y que la moral no basta para dominarlos. Se trata de un problema que vuelve a ser relevante en Francia desde el acceso de la izquierda al poder. Aceptar la distancia entre moral y política implica en la práctica más coraje de lo que parece. Conduce no tanto al cinismo o al maquiavelismo como a la preocupación por pensar la actividad política en relación con sus propias categorías. Querer hacer coincidir moral y política o imaginar la política como una moral lleva fácilmente a la tranquilidad de conciencia, a la virtuosa indignación, a la visión del mundo en blanco y negro y al rechazo a aceptar la política con su violencia, sus cambios, sus relaciones de fuerza, esto es, con su amoralismo. De ahí que Raymond

Aron se interrogue sobre la moral en cuanto una forma de evitar pensar la política. O, por decirlo de un modo más polémico, sobre la oposición entre las «almas bellas» y los que aceptan los dudosos combates de la política. Es lo que explica, por ejemplo, sus reticencias a considerar que la acción en favor de los derechos humanos baste para establecer una política. Es evidente que la batalla por los mencionados derechos humanos representa un compromiso político loable, pero no constituye en sí una política.

Esta concepción de la política implica el rechazo del maniqueísmo en la historia. Lo que piensa el adversario no representa necesariamente el mal absoluto, a menos que se trate del totalitarismo. De ahí los juicios flexibles, a veces sorprendentes, que Aron emite sobre el Frente Popular, la Francia de Vichy, Argelia, Vietnam, el gaullismo. En cada ocasión sopesa los pros y los contras, desarrolla ampliamente los argumentos contrarios a la opción escogida.

El segundo aspecto que nos impresionó se refiere a la moral del ciudadano a la que Raymond Aron aspira. Para nuestras generaciones, la idea de la patria siempre ha sonado anticuada. No es que seamos supranacionales o simplemente europeos, pues toda nuestra educación y nuestros valores nos arraigan en nuestro país. La cuestión es que ha habido tantas guerras en nombre de la nación que para nosotros la democracia se encarna más en la sociedad que en la patria. Ahora bien, si es difícil hoy pensar la democracia sin la sociedad, más raro aún es asociar la idea de democracia con la defensa de un territorio físico, aunque sepamos de manera abstracta que una sociedad incapaz de asumir su defensa está condenada a corto o a largo plazo. Para Aron, la moralidad del ciudadano es la condición para el mantenimiento de la democracia. O, para ser más exactos, una democracia, para subsistir, requiere de ciudadanos

que se autoimpongan cierta disciplina. En última instancia, la democracia supone dos cosas: una sociedad y una nación. Nosotros hemos idealizado un poco la primera, y hemos olvidado la segunda porque estaba demasiado ligada a acontecimientos trágicos de la historia contemporánea, y también porque implica obligaciones que a nuestra generación nunca le gustaron demasiado.

Raymond Aron no es solo un intelectual que se ha dedicado al periodismo. Y es que un intelectual que hace tal cosa suele elegir los temas y el ritmo de aquello con respecto a lo cual desea hablar y tomar partido. Aron, por el contrario, se ha impuesto la tarea de comentar los acontecimientos de forma regular, sin elegir causas que defender o momentos puntuales para hacerlo. Ese deseo de ejercer frontalmente dos carreras lo obliga desde hace 35 años a algo más que a una disciplina y a una organización rigurosa del tiempo. Le impone la tarea de lograr la convivencia de dos tipos de reflexiones distintas, que suelen excluirse mutuamente y que en este caso se llevan a cabo en una tensión permanente. Ese vaivén entre dos lógicas, estos dos puntos de vista, el comentario del acontecimiento y la interpretación global, conducen a una representación del mundo que es más sensible a la contingencia y a la fragilidad de las cosas que a las grandes teleonomías. Quizá esa elección se caracterice por cierto deseo de superación personal y por el sello del relativismo histórico. En cualquier caso, la obligación autoimpuesta de enfrentarse de forma regular a los acontecimientos económicos y políticos probablemente ha contribuido a preservar a Raymond Aron del vértigo ideológico. Imposible elegir solo los hechos que verifican una teoría; hay que tomarlo todo.

\* \* \*